

suelo, al mismo tiempo que un poeta, un director de conciencia. El siglo tuvo también sus directores, los unos religiosos, esto es los predicadores, y los otros seculares, los moralistas.

Veamos lo que predicaban.

Penetremos primero en la iglesia, donde el predicador derrama sus exhortaciones desde la cátedra sagrada sobre la elegante asamblea de mundanos; porque la predicación misma se hace literaria y culta cuando se dirige á auditorios aristocráticos. Allí también triunfó el preciosismo y si esto nos parece algo chocante, es porque no es corriente trasladar al santuario las costumbres de los salones. Fué Bossuet el primero que advirtió á sus contemporáneos semejante inconveniencia que habían elevado á institución sus predecesores; pero Fenelón, más fiel al gusto de su época, debía oponer á la burguesía ruda y franca del obispo de Meaux, su aristocrático é invencible preciosismo.

Cuando, en 1659, después de haber permanecido algún tiempo en las provincias del Este, vino Bossuet á París y habló en público, maravilló, por su gran novedad, el carácter de su predicación. Verdad es que la elocuencia del púlpito se hallaba entonces en situación muy especial. El juicio más severo que acerca de la misma se ha formulado es el *Discurso de recepción en la Academia francesa* de Massillon.

La cátedra sagrada parecía competir en bufonadas con el teatro ó en sequedad con la escuela, y el predicador creía haber desempeñado el más serio ministerio de la religión cuando había deshonrado la majestad de la palabra santa, alterándola con términos bárbaros que nadie entendía ó con bromas indignas de ella.

En efecto, no podían darse metáforas más extravagantes que las de un Pedro Besse, que llama á Dios « el gran mariscal de campo del universo », al sol, « el gran duque de las candelas », y á los malos pensamientos, « las pajuelas de los vicios ».

Tal era la moda reinante y los predicadores se las echaban de graciosos, hacían epigramas, se mostraban preciosos y adornaban sus discursos con citas más profanas que religiosas.

Ovidio y Cúculo, escribía La Bruyère, eran los árbitros en materia de matrimonios y testamentos, y acudían con las *Pandectas* en auxilio de la viuda y del huérfano; andaban mezclados lo sagrado y lo profano... Hablaban alternativamente San Cirilo y Horacio, San Cipriano y Lucrecio; se hablaba latín y griego: era preciso tener un saber prodigioso para predicar tan mal¹.

1. En España sufrimos también en grande escala la plaga de los malos predicadores, que inspiró al P. Isla su donoso *Fray Gerundio*, que decía hablando del bautismo de Jesús: « Recibí el Salvador la frígida mundificante: *baptizatus est Jesus*; y al punto se rasgó el tafetán azul de la celeste cortina; *et ecce aperti sunt caeli*; y el Espíritu Santo descendió revoloteando á guisa de pájaro columbino... ¡Hola!; bautizarse el Mesías? ¿romperse el pabellón cerúleo? ¿descender el Espíritu Santo sobre su cabeza? á sermón me hueles, etc. » Para muestra basta un botón.

(N. del T.)

CAPITULO VI

LOS DIRECTORES DE ALMAS

SERMONARIOS. — La Cátedra antes de Bossuet. — Afectación y Preciosismo. — Camus. — El P. Lejeune. — El P. Senault. — Claudio de Lingendes. — Juan de Lingendes. BOSSUET: El país. — La familia. — La infancia. — Su vida y sus obras. — Período de Metz. — Preceptorado del Delfín. — Los *Sermones*. — Los manuscritos. — El auditorio. — Las *Oraciones fúnebres*. — Bossuet y Boursault. — La vejez. — Bossuet en Meaux. — El Abate Le Dieu y el Abate Fleury. — Caracteres de su genio. — BOURDALOUE: Opinión de Dourdán. — Su vida. — Caracteres de su elocuencia. El dialéctico del dogma. — FLÉCHIER: Un abate mundano. — El hombre y el orador. — Los Grandes Días de Auvernia. — Las *Oraciones*. — MASCARÓN: Un violento. — El dulce FENELÓN: Sus antepasados. — Su nobleza. — Sus principios en el Poitou. — Mad. Guyón. — Sueños políticos. — El Gran Señor. — El aristócrata Fenelón y el plebeyo Bossuet. — Sus obras. — Las *Fábulas*. — *Diálogos de los Muertos*. — Sus *Tratados*. — La *Educación de las jóvenes*. — *Telémaco*. — *Carta á la Academia*. — Fenelón crítico literario. MORALISTAS. — San Francisco de Sales. — DESCARTES: Sus estudios. — Sus viajes. — Sus obras. — Su filosofía. — Su influencia. — La lengua francesa y las obras científicas. — SAINT-EVREMOND: Sus sátiras. — Su destierro. — Es maltratado por el burgués Boileau. — La vida en Londres. — LA ROCHEFOUCAULD: Su carácter. — Sus *Máximas*. — Moral deprimente. — PASCAL: Su infancia y su hermana Jaqueline. — Sus trabajos científicos. — El Jansenismo. — Las *Provinciales*. — Los *Pensamientos*. — Pascal y Chateaubriand. — LA BRUYÈRE: Su país y su familia. — Su carácter. — Preceptorado del nieto de Condé. — Sus obras. — Los *Caracteres*. — Originalidad de este libro. — Su muerte. — Juicio acerca del mismo. — BAYLE: Un falso escéptico y un precursor. — MAD. DE MAINTENÓN: Su destino extraño. — Sus aventuras. — Mad. Scarrón. — Lucha con Mad. de Montespán. — Papel político. — La Educadora. — Saint-Cyr. — Su influencia.

Ya hemos visto la parte que ocupó la literatura en aquella sociedad brillante y ociosa, destinada á una vida mundana y facticia, formada por algunos millares de privilegiados que empleaban de esta suerte sus dorados ocios. Por lo que hace al pueblo, para nada figura aún y apenas se le divisa allá á lo lejos inclinado sobre el terruño y trabajando sin gusto ni esperanza.

La literatura por sí sola no ha bastado nunca en una nación; es simplemente un deporte¹. Es preciso que sirva de manto á una filosofía, á un sistema de principios, á una moral redactada, propagada y predicada por pensadores y sacerdotes. Por eso las grandes familias tenían á

1. En España, la literatura, especialmente la dramática, no fué patrimonio de la clase privilegiada. Nació en el pueblo (farsas, pasillos, entremeses), vivió á su sombra y gracias á esto adquirió espléndido desarrollo. Ya, decía Lope, hablando del teatro de su tiempo:

Á donde van el vulgo y las mujeres.

(N. del T.)

El tono de los predicadores oscilaba entre la vulgaridad y el preciosismo.

! Eh! exclamaba un predicador, interpellando á su auditorio femenino con una rudeza grosera que hoy nos admira: ¡ hembras de la corte! os halláis inscritas en el libro de los condenados; ¿ os habéis mirado, lavado, y emperijado bien esta mañana?

Otro predicador, muy erudito, citaba al « valiente capitán Agesilao », al « sabio filósofo Sócrates », á « Plinio en su *Historia natural* », y hasta á *Pausanias in Arcadicis*.

La retórica de la cátedra era toda pedantismo, sutilezas y afectación. Si en 1643 defiende Balzac la elocuencia sagrada, es porque su genio se complace en verse reflejado en ella.

En cuanto al porte de los predicadores, dejaba mucho que desear. Los contemporáneos nos los representan como verdaderos petimetres que accionaban mucho para mostrar sus lindas manos¹. La Bruyère se indignaba:

La predicación cristiana se ha convertido en espectáculo. Ya no se nota en ella esa tristeza evangélica hija del alma; se reemplaza con los gestos, las inflexiones de voz, la elección de las palabras y las difusas enumeraciones. Ya no se oye seriamente la palabra divina; es una especie de diversión como otras muchas...

Y añade en otra parte:

La ociosidad de las mujeres y la costumbre que tienen los hombres de acudir donde quiera que ellas se reúnen, dan renombre á fríos oradores y contribuyen á mantener aún á los que ya declinan.

La influencia de Port-Royal y del Oratorio fué poco á poco elevando el nivel de los estudios y formando doctores. El gusto público se purificó, los oradores sagrados se enmendaron y algunos llegaron á veces á la verdadera elocuencia.

Camus (1582-1653), consagrado obispo de Bellay por San Francisco de Sales y nombrado más tarde en la abadía de Aulnay, cerca de Caén, vicario general del arzobispado de Ruán y retirado más tarde á París, es una de las figuras más notables de los predicadores de la época. Imitó mal á San Francisco de Sales, exagerando los defectos del escritor y del género, mostrándose siempre inclinado á las flores retóricas, á la música de las palabras y al retruécano. De erudición extraordinaria, cita á cada paso á los prosistas y poetas de todos tiempos y países. Hablando de la imposibilidad de una alianza con los herejes recuerda á Dido que arroja al viento las cenizas, y aparece la hoguera de Eteocles

1. Léase en *Fray Gerundio* la graciosa descripción del padre predicador.

(N. del T.)

y de Polinices. « Esaú y Jacob luchan en el seno de su madre como presagio de su futura aversión. — Las cuerdas hechas con tripas de lobo no pueden guardar armonía con las que se fabrican con las de las ovejas¹. »

Esta afición á las citas profanas se nota también en Bossuet en sus principios. Á partir de 1660, fué prescindiendo de ella poco á poco. Si toma algo de Cicerón, es porque antes lo ha tomado San Agustín y la cita « ha pasado por aquel canal sagrado ». Conoce perfectamente á los autores clásicos y alguna vez acude á « calentarse á los rayos del sol de Homero », pero no fabrica centones, sino que sabe aplicar perfectamente las citas al texto.

Célebre por su lucha contra las órdenes mendicantes, « cántaros que se bajan para llenarse mejor », por sus novelas espirituales, como la *Palomá*, que oponía como contrapeso y contraveneno á las novelas profanas cuyos procedimientos imita, Camus es famoso por sus buenas ocurrencias. En cierta ocasión, decía desde lo alto del púlpito, al ver á una dama con antifaz que se dirigía á su sitio haciendo levantarse á la mitad del auditorio: « Dejadla pasar por favor, no os morderá pues está bien embridada. »

Amelot de la Houssaye decía que Camus podía predicar durante tres horas sin fastidiar á su auditorio.

El Padre Cottón (1564-1626) sintió despertarse su vocación religiosa á la vista de un milagro de que fué testigo viajando por Italia. Llegó á ser confesor de Enrique IV y se mostró indulgente con las flaquezas de su real penitente; pronunció una de las oraciones fúnebres después del crimen de Ravillac. Defendió á los jesuitas y expuso su doctrina en una *Carta declaratoria*, que le valió una *Refutación ó Anticotton*.

Su elocuencia, que pasaba por ser grande, da testimonio de los graves defectos de la época: alambicamiento, epigramas y flores de retórica. « No hace mucho tiempo, dice La Bruyère, que empleaban caídas y transiciones ingeniosas, á veces tan vivas y agudas que podían pasar por epigramas; confieso que se han modificado algo y que ya no son sino madrigales. » El Padre Rapin en sus *Reflexiones* lo confirma también con indignación.

Con el Padre Lejeune, oratoriano (1592-1672), se eleva el nivel de la predicación; aun se observa cierto exceso en el tono, como cuando, por ejemplo, exclama, echando en cara á las mujeres su coquetería: « Sí, señoras, con vuestra cabeza erguida impudentemente en lo alto de la iglesia, muy cerca del altar, deseáis ser adoradas... muchos tienen el

1. En España, antes que los excesos del gongorismo y la ignorancia produjesen un diluvio de perversos predicadores, brillaron en la cátedra sagrada el venerable P. Fray Luis de Granada, gloria de la elocuencia religiosa, el P. Juan de Ávila, llamado el *Apóstol de Andalucía*, San Juan de la Cruz y otros muchos. (N. del T.)

corazón puesto en vuestros vanos adornos en lugar de elevarlo á su Criador»; — ó cuando opone á la galantería del espectáculo los cuerpos de los difuntos: « Ved las tumbas de los muertos enterrados en la iglesia.... ahí yacen las osamentas de muchas señoritas que fueron en otro tiempo tan hermosas como vosotras y más aún; sus cuerpos son presa de los gusanos. ¡ Dios quiera que su alma no se vea roída por el gusano que nunca muere! »

En este realismo se ve ya como un precursor de la elocuencia misma de Bossuet.

Juan Francisco Senault (1601-1672), general del Oratorio, fué, según Voltaire, « con respecto á Bourdaloue, lo que Rotrou á Corneille, es decir su predecesor y rara vez su igual ». Figura entre los primeros restauradores de la elocuencia y Chapelain le tenía en gran estima « por la claridad y la pureza de su lenguaje, por la suavidad de sus costumbres y por lo agradable de su pronunciación, que le hacían estimar de toda la corte ».

No ha llegado hasta nosotros ninguno de sus sermones y hay que juzgarle por sus *Panegíricos de los Santos*. Sus cualidades son pureza, decencia y elegancia, con los defectos correlativos, uniformidad, falta de emoción y tiesura. Cultiva la antítesis, su figura favorita, y muestra especial afición á la hipérbole. La reina Ana de Austria era una de sus oyentes habituales según testimonio de Loret.

Como general del Oratorio, Senault vió pasar por sus clases alumnos que fueron después muy célebres, entre ellos Mascardón.

Los dos Lingendes, nacidos en Moulins, figuran entre los antecesores de Bossuet, que debía dejarlos muy atrás y aun casi hacerlos olvidar.

Claudio de Lingendes (1591-1660), de la orden de los jesuitas, latinista brillante que se acordaba mucho de Séneca y de Cicerón, conservó á pesar suyo y no obstante sus esfuerzos para ser natural, la afición á las frases sonoras, adornadas con rasgos pintorescos y antítesis. Pero con frecuencia es un predicador lleno de animación vehemente y terrible. Óigasele cómo interpela á los ricos:

La muerte borra todas las diferencias entre las condiciones humanas. ¿ Por qué pues te llenas de orgullo, gusano de la tierra? Entremos en un cementerio, acerquémonos á ese osario y mostradme, si podéis, qué diferencia hay entre los huesos de un pobre y los de un rico. Contemplad, pues, sin turbaros las desigualdades que existen entre los hombres por muy grandes que sean; se está representando simplemente una comedia y ya veréis al fin de la pieza cómo todos los actores, por ser de la misma naturaleza, tienen también la misma condición y el mismo destino.

Juan de Lingendes (1595-1665), de quien tomó Fléchier para la oración fúnebre de Turena el famoso apóstrofe: « ¡ Aun vivís, potencias

enemigas de Francia!... », llegó á ser obispo de Macón y « fué el primer orador que habló en estilo verdaderamente elevado; sus sermones y oraciones fúnebres, aunque algo carcomidos por el tiempo, sirvieron de modelo á los oradores que le imitaron y sobrepusieron ».

En resumen, en la época á que hemos llegado, la elocuencia del púlpito había vuelto al buen camino y era muy considerada¹; si no parece completamente purificada ni de inspiración bastante rica para eclipsar á los falsos talentos de que habla La Bruyère, había empezado á hacer renacer el buen gusto entre el público. Estaba reservado al genio de Bossuet realizar definitivamente la reforma y elevar al grado de belleza y grandeza que hoy admiramos, la elocuencia sagrada de la que fué majestuoso profeta.

Hay que ir al obispado de Dijón, al Museo Bossuet, para hallar los recuerdos más directos del gran orador: la estampa que representa la vieja casa de sus antepasados, en la plaza de l'Estaple, en Seurre, con las armas de su familia sobre la puerta y con la siguiente inscripción en letras góticas: « El año M V^e IIII », es decir 1504. Las famosas ruedas de oro que figuran en ellas datan de entonces y tal vez tienen su origen y explicación en la profesión que indica el sobrenombre de uno de sus ascendientes, Bossuet el Rodero. Los descendientes fueron médicos de padres á hijos. Uno de ellos fué médico militar y ennoblecido por Francisco I en 1517; entonces tomó y transmitió á su familia, como nuevas armas, una cepa rugosa, tres B y la divisa parlante:

— Bon Bois Bossu Est. (La buena madera es rugosa.)

La cepa figuraba aún en 1789 en el respaldo de las sillas de los Bossuet en la iglesia de Seurre.

Nació Bossuet en Dijón, plaza de San Juan. En el cuaderno de familia en que se hallaban inscritos todos los nacimientos con un versículo de la escritura, figuraba el suyo con esta inscripción:

— Dios le ha guiado, Dios le ha conducido.

Era como una predicción, pues iba á ser toda su vida el hombre de Dios.

Destinado desde la infancia á la Iglesia, fué tonsurado á los ocho años. Hizo sus estudios con los jesuitas y pasaba las vacaciones en la aldea de Couternón. Cuando fué nombrado su padre consejero del tribunal de Metz, Santiago Benigno y su hermano se quedaron en Dijón, en casa de su tío Claudio, en el castillo de Aiseray, donde San-

1. En España, sucedió precisamente lo contrario. Tras de los ilustres predicadores ya citados correspondientes al siglo xvi y primera mitad del xvii, vino la corrupción más lamentable. (N. del T.)

tiago, nombrado canónigo de Metz á los trece años, en 1640, leyó por primera vez la Biblia en 1641 y experimentó la violenta conmoción que le reveló su deber.

Llegó á París en 1642 y vió pasar á Richelieu en su litera de púrpura. Alumno de filosofía en el colegio de Navarra, fué presentado por Arnauld en el Hotel de Rambouillet, lo cual era un *debut* bastante mundano para un futuro obispo. Tenía á la sazón dieciséis años. Cierta noche dió una conferencia ante los contertulios de la Cámara Azul, y con este motivo dijo Voiture su célebre frase:

— Jamás he oído predicar ni tan pronto ni tan tarde.

Después de terminados sus estudios en París, volvió á su diócesis para recibir las órdenes, y á los veintiún años redactó la hermosa meditación *Sobre la brevedad de la vida*, punto de partida de sus futuros sermones acerca de la muerte.

Ordenado de subdiácono y luego de diácono, de 1648 á 1650, recibió la licencia al mismo tiempo que el abate de Rancé (1626-1700), el célebre reformador de la Trapa, y después recibió el sacerdocio y el doctorado.

Condé era protector de su familia. Asistió al acto en que él sostuvo su tesis; admiró al candidato hostigado por todas partes y haciendo frente á todos, y hasta sintió tentaciones de auxiliarle. También llamó la atención de Ana de Austria. Era su director y consejero san Vicente de Paúl, y fué nombrado arcediano en Metz.

Permaneció en dicha ciudad de 1652 á 1659 y en aquella provincia muy protestante se entregó, á sus anchas, á su afición, á la lucha y á la polémica; refutó el catecismo de Ferry, y predicó en 1649 el *Panegírico de san Gorgonio*, en 1665 el *Elogio de San Bernardo*, y en 1657 el de *Santa Teresa*. Pronunció en Metz sus «pequeñas oraciones fúnebres», nombre dado á sus primeros ensayos en este género, que había de hacer famoso; fueron estas oraciones la de Yolanda de Monterby y la de Enrique de Gournay.

En 1656, á los veintinueve años, volvió á Dijón, su ciudad natal, para predicar en la santa capilla el *Mundus Gaudebit* del jubileo de Alejandro VII, y el borgoñón recordó sus orígenes en sus sabrosos desarrollos vitícolas:

El mismo fuego hace brillar el oro y echar humo á la paja; el mismo movimiento, dice San Agustín, hace percibir la hediondez del lodo y el buen olor de los perfumes; y el vino no se confunde con el orujo, aunque uno y otro soportan el peso de la misma viga de lagar: del mismo modo las aficciones que consumen á los malvados purifican á los justos.

Tres años después, en 1659, volvió á París donde luchó, durante treinta años, con todo el ardor de sus fervorosas convicciones.

Llegaba el momento en que Luis XIV inauguraba su gobierno personal. Mazarino había dicho del Rey á los mariscales de Villeroy y de Grammont:

— No le conocéis. Se pondrá en marcha algo tarde, pero llegará mucho más lejos que ningún otro; hay en él madera para hacer cuatro reyes y un hombre honrado.

Y cuando, á la muerte de Mazarino, preguntaron los ministros al rey á quién deberían dirigirse en adelante, les respondió: «¡Á mí!» No se había equivocado. Lo admirable no es que lo dijese sino que cumpliera su palabra. Durante treinta años trabajó ocho horas por día y decía á su hijo:

— Sólo se reina por medio de trabajo. El pretender hacer lo uno sin lo otro es ingratitud y audacia con respecto á Dios é injusticia y tiranía con respecto á los hombres.

Colbert, Louvois, Séguier y Lyonne formaron un ministerio tan notable como muy rara vez se ha visto.

La época era brillante y fecunda en vigorosas promesas. Bossuet era, en verdad, el hombre del momento; se hallaba á la altura de tantas esperanzas y fué escogido como preceptor del Delfín que tenía por ayo al señor de Montausier.

De 1660 á 1670, período que duró su preceptorado, predicó cinco cuaresmas, dos de ellas en la corte, en 1662, en el Luvre, y en 1666 en Saint-Germain, cuatro advientos, doce panegíricos de santos, retiros de ordenación, instrucciones para el seminario de San Nicolás du Chardonnet, conferencias en casa de madama de Longueville, y cinco oraciones fúnebres.

Predicó por entonces durante la cuaresma en los Mínimos (1660), en los Carmelitas (1661) y en el Luvre (1662), donde pronunció su hermoso *Sermón sobre la muerte*; hizo la *Oración fúnebre del Padre Bourgoín* y la de Nicolás Cornet, director del colegio de Navarra (1663). Predicó el Adviento de 1665 en la Corte (*sermones sobre la Vigilancia y sobre la Divinidad de la Religión*) y la Cuaresma de 1666 en San Germán con los *Sermones sobre la Honra, el Hijo Pródigo y la Justicia*. Se ha perdido su *Oración fúnebre de Ana de Austria* en 1667. El mismo año fué á predicar en su tierra el jubileo de Clemente IX en la santa capilla de Dijón, en presencia de Condé, al que debía dar tan elocuentemente el último adiós.

Después del *Sermón por la conversión de Turena* (1668), fué nombrado obispo de Condom, en 1669, el mismo año en que empieza la serie de las grandes oraciones fúnebres, la más prodigiosa obra maestra de la elocuencia moderna. Sin embargo sería injusto que la gloria de estas oraciones hiciese palidecer el mérito de los *sermones* que ocupan lugar tan importante en la fama oratoria de este prelado.

No ha sido fácil restablecer el texto de los sermones de Bossuet; aun no es definitivo y seguramente no lo será jamás. Bossuet no escribía completamente sus discursos sino que se contentaba con confiar al papel indicaciones que después debía desarrollar; además no hacía imprimir nada. Á diferencia de un padre Senaut que instalaba taquígrafos al pie del púlpito, Bossuet sembraba su palabra á todos los vientos, considerando que el sermón se hace para ser oído y no para ser leído. Además, sus papeles no fueron cuidados con esmero y llegaron en desorden á manos de su sobrino, el abate Bossuet, obispo de Troyes, que no los publicó y aun se guardó bien de hacerlo. Cuando tenía que predicar un adviento ó una cuaresma, aprendía de memoria los de su tío y de esta suerte los textos no salían de la familia. Á veces los prestaba á algún amigo que se hallaba en un apuro, de suerte que, durante un cuarto de siglo después de su muerte, Bossuet hizo el gasto de la elocuencia sagrada en Borgoña.

Sus papeles fueron al fin á parar á manos de los benedictinos y uno de ellos, Dom Deforis, empezó á clasificarlos: aun no se ha terminado esta operación, pues es trabajo muy delicado. Ha habido que examinarlo todo, la filigrana del papel que fij alas fechas, la forma que ha variado con los años, el color de la tinta que es más pálida cuanto más vieja, y el aspecto de la escritura que se modificó según la edad. Estos débiles indicios completados y fortificados por argumentos de orden literario, histórico y lógico, han permitido reconstituir el contenido y la serie de los principales sermones. Bossuet tenía por método adiestrarse en la oratoria con la pluma en la mano. Meditaba en su gabinete de trabajo antes de improvisar, pues estaba persuadido de que la improvisación es hija del estudio. Á veces sólo se encuentran notas rápidas, pero animadas por un potente soplo. Son como esbozos de maestro encontrados en un rincón del taller de un Miguel Ángel. He aquí uno de estos admirables ejemplos, en una de dichas notas para el día de Pascua de 1685:

La vida humana es semejante á un camino que va á parar á un horrible precipicio. Nos lo anuncian desde los primeros pasos; pero la ley es inexorable, hay que andar siempre. Desearía volverme atrás: ¡Marcha! ¡marcha! Un peso invencible, una fuerza irresistible nos impulsan á ello; hay que avanzar sin cesar hacia el precipicio... ¡Qué de dificultades, qué de penas! ¡Si á lo menos pudiese evitar ese horrible precipicio! ¡No, no; hay que caminar, hay que correr! ¡Oh rapidez de los años! Se consuela uno sin embargo porque de vez en cuando nos salen al paso objetos que nos distraen, aguas corrientes, flores que pasan, etc. Desearía uno pararse: ¡Marcha! ¡marcha! Y sin embargo vemos caer detrás de nosotros todas las cosas; ¡qué estruendo espantoso, qué inevitable ruina! Consuélese uno porque se lleva algunas flores cogidas al paso, flores que se nos marchitan en las manos de la mañana á la tarde, y algunas frutas que perdemos con sólo probarlas. ¡Qué encanto! Siempre arrastrado por fuerza invencible, te acercas

al horrible abismo. Ya empieza todo á borrarse. Los jardines son menos floridos, las flores menos brillantes, sus colores menos vivos, las praderas menos risueñas y las aguas menos cristalinas. Todo se empaña y se borra con la sombra de la muerte. Se empieza á sentir la proximidad del fatal abismo. Pero hay que llegar al borde; un paso más. El horror perturba ya los sentidos y se vuelven involuntariamente los ojos. Hay que seguir andando. ¡Atrás! no hay medio: todo ha caído, todo se ha desvanecido, todo se ha escapado.

¡Y qué seguridad de vista, qué observación implacable, qué cuadro de las costumbres y de los hombres! El pasaje siguiente es una escena de tribunal de gran vigor dramático al mismo tiempo que un croquis severo de los grandes ministros y de los personajes de la corte.

¿Qué hacéis entretanto, gran hombre de negocios, dueño de todos los secretos y personaje indispensable en esta gran comedia del mundo; qué hacéis, repito, por el gran negocio, por el negocio de la eternidad? ¿Á él deben subordinarse todos los empleos y todos los momentos. Decidme, ¿en qué estado lo tenéis? — ¡Ah! me diréis, hay tiempo para ello. — ¿Os han advertido que estáis gravemente enfermo puesto que pensáis al fin en vuestra salvación? Por desgracia el tiempo es muy corto para poner en claro un asunto tan enredado como el de vuestras cuentas y vuestra vida. No hablo en este lugar ni de vuestra familia que os distrae, ni de la enfermedad que os abrumba, ni del temor que os asusta, ni de los vapores que os ofuscan, ni de los dolores que os inquietan: no tengo en cuenta sino el apresuramiento. Oíd con qué fuerza llaman á la puerta; si no abris no tardarán en romperla. Sentencia tras sentencia, y plazo tras plazo para llamaros ante Dios y ante su tribunal. Oíd con qué instancia os habla por boca de su profeta: « Ha llegado el fin, ha llegado el fin; ya lo tienes sobre tu cabeza y te juzgaré según tus caminos y sabrás que soy el Señor. » ¡Oh Señor, no me hostigéis! Oye una nueva llamada: « Ha llegado el fin, ha llegado el fin; la justicia, que creíais dormida, se ha despertado contra ti; hela aquí que está á tu puerta. *Ecce venit.* » El día de la venganza está próximo. Todos los terrores te parecían vanos y todas las amenazas lejanas, y « ahora, dice el Señor, te heriré de cerca y pondré todos tus crímenes sobre tu cabeza y sabrás que soy el Señor que hiere. » Tales son señores, los emplazamientos con que Dios nos llama á su tribunal. Pero llega al fin el día en que hay que comparecer. *Ecce dies, ecce venit, egressa est contritio.* El ángel que preside á la muerte retrocede de un momento á otro para dar tiempo á la penitencia, pero al fin llega una orden de lo alto: *Fac conclusionem.* Acabad; la audiencia está abierta y el juez sentado; criminal, adelantáos para defender vuestra causa. ¡Pero qué poco tiempo tenéis para prepararos! ¡Cómo os lamentaréis superfluamente! ¡Cómo sentiréis amargamente el haber perdido tantos años! Todo es inútil: ya no os queda tiempo; entráis en la morada de la eternidad. Os veo asombrado y confundido en presencia de vuestro juez; pero mirad á vuestros acusadores; son los pobres que van á alzar la voz contra vuestra dureza inexorable¹.

1. Seguramente conocía el insigne Bossuet los místicos españoles y, en particular, las obras del Venerable P. Granada, cuya elocuencia tiene tantos puntos de semejanza con la suya. Si todos los grandes ingenios de su época conocían y cultivaban la rica literatura española, no es de suponer que él la desconociese.
(N. del T.)

Con respecto á la muerte, ¿Quién ha dicho cosas más conmovedoras, más vigorosas, más magníficas por su sola sencillez y por la misma trivialidad de las ideas? ¿Qué es la vida? ¡Un castillo de naipes! ¿Y la muerte? ¡un tachón! ¿Y el cadáver? algo indefinible. ¡Y esto es todo! Con tan escasos medios produce Bossuet el efecto más tremendo, se apodera de nosotros, nos impresiona y nos persuade ya mediante la lucidez de la imagen, ya con las visiones de las grandes encinas del bosque por donde corren los ciervos, ya con la humildad de las metáforas que causan tanta más impresión cuanto más triviales, ya con la lógica brutal de la evidencia y de la verdad común:

¿Qué son cien años? ¿Qué son mil? puesto que un solo momento basta para borrarlos? Multiplicad vuestros días como los ciervos que la fábula ó la historia de la naturaleza suponen que viven tantos siglos; durad tanto como esas grandes encinas bajo las cuales descansaron nuestros antepasados y que han de dar sombra á nuestra posteridad; amontonad en este espacio, que parece inmenso, dichas, riquezas, placeres; ¿qué os aprovechará todo este conjunto, puesto que el último soplo de la muerte, por muy débil y lánguido que sea, dará en tierra con toda esta vana pompa, cual si se tratase de un castillo de naipes, vano entretenimiento de los niños? ¿De qué os servirá haber escrito tanto en este libro, haber llenado sus páginas con tan hermosos caracteres, puesto que en fin de cuentas un solo tachón debe borrarlo todo? Y aun así un tachón dejaría alguna huella de sí mismo, mientras que ese último momento que ha de borrar de un rasgo toda vuestra vida irá á perderse con todo lo demás en el abismo de la nada. No quedará en la tierra vestigio alguno de lo que somos: la carne cambiará de naturaleza, el cuerpo tomará otro nombre; «pues ni aun conservará largo tiempo el de cadáver; se convertirá, según dice Tertuliano, en algo indefinible que no tiene nombre en ninguna lengua»; tan cierto es que todo muere en él, hasta esos términos fúnebres que servían para nombrar sus desdichados restos¹.

Había que herir con mano fuerte para conmover y excitar la atención de aquellos auditorios tan brillantes y tan frívolos.

Complácese el ánimo en figurarse lo que debía ser un sermón en el Luvre, en la capilla enteramente decorada con adornos de oro y pinturas de Lebrún y de Poussín; la luz, filtrándose á través de las vidrieras, alumbraba el más resplandeciente concurso. Las damas hallábanse sentadas en círculo en rojos sillones de madera dorada; los hombres formaban un vistoso grupo de justillos de color de amaranto ó de hoja seca, con plumas en el fieltro, cintas en la guarda de las espadas, puños de encaje y labios sonrientes. Todos eran gente de distinción; ni una sola voz ni un gesto dejaban de revelar la más refinada cultura. Todos estaban en silencio, de pie, según los preceptos del manual del cortesano perfecto.

1. Léanse las hermosas meditaciones de Fray Luis y su incomparable libro *Guía de Pecadores* y se hallarán á cada paso páginas análogas. (N. del T.)

Vedlos inmóviles, con la mirada fija en el Rey para adelantarse á sus órdenes ó para hacerse notar, porque lo esencial era ser visto.

El que considere, dice La Bruyère, que el rostro del Príncipe constituye toda la felicidad del cortesano, que no tiene más ocupación en su vida que la de ver y ser visto, se formará una ligera idea de lo que debe ser la gloria y la felicidad de los santos que contemplan á Dios.

Entretanto el rey ocupa su tribuna, donde se sienta la familia real al son del órgano, y no acabaríamos si hubiéramos de nombrar y reconocer á todos los personajes allí reunidos. Allí está la corte entera: el capellán mayor, el gran maestre de Francia, el primer mayordomo ordinario, el primer panadero, el guardarropa, y la multitud de gentileshombres, de damas de honor, de pajes, de oficiales de toda clase, escuderos, capitanes de guardia, prebostes, pertenecientes todos á la mayor nobleza, sin olvidar los cortesanos de segundo orden, no menos nobles, los 68 capellanes con muceta de encaje, los 170 gentileshombres de cámara, los 117 gentileshombres de la caballeriza y la montería, los 148 pajes, las 114 damas de compañía tituladas; agréguese además la servidumbre especial de la reina, de los príncipes y princesas, la menor de las cuales no podía tener menos de ochenta personas á su servicio apenas cumplía el primer mes.

Y una vez que reina el silencio, y todos se hallan de pie en presencia del rey, aparece Bossuet tal como se le ve en el cuadro de Mignard, conservado en el seminario de Meaux, con la muceta de seda violeta, la cruz pendiente de una cinta del mismo color, el alzacuello azul y blanco, la mirada clara, viva y dulce, la nariz redonda, la boca pequeña, los cabellos rojos y largos; ó tal como se ve en el palacio Pitti en Florencia y en el Museo del Luvre, pintado por Rigaud, con sotana de muaré azul, con sobrepelliz de muselina blanca adornada con encajes, con manto azul de cuello guarnecido de plumas de cisne y forrado de seda roja, y con la cruz pastoral.

Figúrenselo los lectores haciendo resonar en aquella nave su voz vigorosa y vibrante, y al rey llamando, después del oficio, al padre del orador — un anciano magistrado de Dijón, de blancos cabellos, — para decirle estas palabras que la corte debía repetir y comentar:

— Señor, os felicito por ser el padre de tal hijo.

Era éste en verdad un espectáculo de grandeza y majestad impo- nentes. Y al día siguiente de aquellas regias cuaresmas, los gaceteros y autores de memorias las escribían para legarnos su recuerdo. Loret y Mayolas invocaban su musa pedestre, y el cronista poeta Robinet nos ha dejado una curiosa crónica rimada de la *Semana Santa en París*.

La hermosa *Oración fúnebre de Enriqueta María de Francia reina de la Gran Bretaña*, viuda de Carlos I, rey de Inglaterra, fué pronunciada